



UNIDIMENSIONALIDAD Y RAZÓN INSTRUMENTAL: LA LÓGICA DE LA TOTALIZACIÓN

Jhonathan Esneider Villegas Betancourth*
Universidad del Quindío

Resumen

Uno de los conceptos más fértiles para la reflexión de los filósofos de la Escuela de Frankfurt fue el de Razón, así como ha sido de gran relevancia en toda la historia de la filosofía. Uno de los aportes fundamentales de dicha escuela destaca uno de los rasgos críticos sobre la idea de la Razón, a saber, su instrumentalidad. En ese enfoque se ubica Herbert Marcuse, cuyo análisis de sus reflexiones sobre este concepto son el propósito fundamental de este ensayo, junto a la idea de la imposición de la racionalidad instrumental en el todo de la vida social. Desde esa perspectiva, se mostrará cómo la unidimensionalización de la vida se erige como lógica de la dominación.

Palabras Clave: Racional, Racionalidad, Subjetividad, Tecnológica, *Vernunft*, *Verstand*.

*Recibido: 28 de Octubre de 2013. Aceptado: 13 de Abril del 2014.
Contacto: sinsalida18@gmail.com



El concepto de Razón en la filosofía marcusiana.

Uno de los rasgos más significativos de la Teoría Crítica de la Sociedad es, precisamente, su carácter crítico-negativo. Esa función la ha especificado en la crítica de la constitución de la realidad en general, es decir, de la organización de la sociedad, de la economía, del positivismo, de la ciencia instrumentalizada, etc. Ese papel lo ha cumplido a cabalidad como el fundamento mismo de la filosofía, o sea, el distanciamiento del mundo satisfecho de los hechos, del sentido común.

La teoría crítica de la sociedad además de hacer un análisis exhaustivo de su contexto, de develar las contradicciones veladas del modelo de sociedad y de la utilización de su riqueza material e intelectual y, consecuentemente, de oponerse mediante la crítica al *statu quo* (y pensar al mismo tiempo, desde su grado de negatividad, que otra sociedad es posible), conserva una serie de preocupaciones por el destino del hombre y su finalidad. Entre las inquietudes se destacan: la posibilidad de que los individuos sean felices y de que la felicidad se alcance mediante la modificación de las relaciones materiales que condicionan la existencia humana. Estas preocupaciones constituyen ya una propuesta filosófica y política: la organización racional de la sociedad.

Si se consiente en esa idea, salta a la vista una pregunta preliminar ¿acaso la sociedad no está racionalmente organizada? Para Herbert Marcuse, la sociedad está irracionalmente organizada ya que, desde su parecer, la totalidad de la vida se ha organizado bajo un criterio reducido de razón, a saber, el de la razón instrumental. Ahora bien, para dilucidar tal perspectiva, es menester peregrinar entre algunos conceptos complementarios de este filósofo alemán, ya que ni él ni el resto de los pensadores de la Escuela de Frankfurt definen con claridad eso que llaman razón e instrumentalidad de la razón. Así lo testimonia Martín Jay, uno de los más importantes biógrafos de aquella escuela:

Esto por supuesto planteaba una vez más el problema de qué se quería decir con esa palabra, razón, a la cual la Teoría Crítica nunca intentó definir explícitamente. La dialéctica era soberbia en sus ataques a las pretensiones de verdad de otros



sistemas, pero cuando llegaba al momento de articular los fundamentos de sus propios supuestos y valores, ya no marchaba tan bien (Jay, 1974, pág. 117).

Marcuse, en el libro *Razón y Revolución* (1994), elabora un agudo y erudito estudio de la filosofía hegeliana, se remonta al análisis del concepto de razón, partiendo de la diferencia entre la *Vernunft* (razón) y el *Verstand* (entendimiento), que resultan ser de vital relevancia para concebir la idea de la limitación de la razón en su rasgo instrumental.

Para Marcuse, siguiendo a Hegel, una cosa es la razón y otra el entendimiento, lo que equivale a decir que la razón, como pensamiento especulativo, es distinta al sentido común en el cual se ubican las operaciones del entendimiento. El entendimiento (*Verstand*) es una facultad de la mente con la que se organiza el mundo indeterminado de los fenómenos que se aparecen, intuitivamente, a la experiencia sensorial. El entendimiento estructura aquel mundo de fenómenos desde el sentido común, donde las cosas del mundo son vistas como entidades diferentes, determinadas y demarcadas unas de otras (Marcuse, 1994, pág. 49). Precisa este filósofo que el mundo ha sido organizado bajo una relación irreconciliable de opuestos donde, por ejemplo, el día es totalmente distinto de la noche, la naturaleza lo es del ser humano (objeto-sujeto), la semilla es opuesta al árbol.

Bajo el principio de identidad, según el cual; una cosa es solo igual a sí misma, y; derivadamente, el principio de oposición, por el cual las cosas que no son iguales, son opuestas; las determinaciones del entendimiento constituyen un mundo donde las relaciones entre las cosas y las relaciones entre los individuos son fijas y aisladas, pues; en un mundo de entidades finitas donde el cambio parece representar el remplazo de una característica o propiedad por otra, las relaciones se dan meramente en virtud de la utilidad que puedan representar. Empero, para Marcuse, la relación nunca diluye el elemento identitario de las cosas, pues:

Cada cosa es idéntica a sí misma y no a otra cosa, y en virtud de su identidad es opuesta a todas las demás cosas. Puede relacionarse y combinarse con ellas de muchas maneras, pero nunca pierde su propia identidad y nunca se convierte en otra cosa que en sí misma (Marcuse, 1994, pág. 50-51).



En esa forma de organización de la realidad, el entendimiento (como sentido común), brinda una serie de datos sensoriales, empíricos (como objetos de los sentidos) que brindan una información sobre lo que es tal o cual cosa, restringiendo el análisis al marco de referencia de los sentidos, siendo estos el único criterio de validez. Por lo tanto, las causas intrínsecas, los factores externos, la historia y la idea del *deber ser* de lo que es, queda al margen de la explicación de lo real, de lo que es, del fenómeno y, por ende, son un simple juego metafísico del pensamiento especulativo. Si se sigue tal premisa, Marcuse considera que: “El pensamiento sólo podría llegar a entender al mundo como un sistema fijo de cosas aisladas y oposiciones indisolubles cuando el mundo se hubiese convertido en una realidad apartada de los verdaderos deseos y necesidades de la humanidad” (Marcuse, 1994, pág. 50-51).

Contrariamente al análisis y constitución de la realidad desde el sentido común, el pensador alemán cree que a la base de los antagonismos y opuestos que los sentidos perciben entre las cosas, existe una unidad en la cual se diluye la oposición y es tarea de la razón reconciliar este juego de opuestos que considera el sentido común, tanto en el ámbito de las cosas, como en la naturaleza y las relaciones sociales de los hombres. Ahora bien, al decir que aquella es la tarea de la razón ¿de qué razón se habla? ¿Cuáles son sus características? Marcuse habla de la razón, en sentido hegeliano, como pensamiento especulativo (*Vernunft*). La razón así entendida, es una facultad que intenta aprehender el mundo en su plena y amplia objetividad², insistiendo en que, en su inmediatez, el sentido común, reduce el mundo a la apariencia (Jay, 1974, pág. 112) y no capta las relaciones dialécticas que lo constituyen.

Así vista la razón, en el sentido de la *Vernunft*, se comienza a configurar como un dispositivo crítico-negativo que se deslinda del criterio del sentido común,

²Jay, al respecto dice que “la *Vernunft* implicaba una razón objetiva que no estaba constituida solamente por los actos subjetivos de hombres individuales” (Jay, 1974, pág.119).



lo cual no quiere decir que se niegue este último y sus proposiciones, sino que el sentido común es abarcado y superado por este segundo rasgo de la razón.

Así pues, aquella adquiere tal dimensión crítica al considerar que su tarea es “restaurar la totalidad” y superar los antagonismos que el entendimiento crea, y restaurar implica re-establecer el orden de una serie de cosas que andan por un camino ajeno al que se pensó. Por ello, es característico de la razón, según Marcuse:

1. “La desconfianza con respecto a la autoridad del hecho” del sentido común y del entendimiento.
2. El ejercicio consciente del conocimiento por crear la forma de resolver los opuestos en una verdadera “unidad” (conocimiento conceptual).
3. No estar por fuera de la historia, ya que no es un ideal trascendente³.
4. Organizar el todo de manera que las partes se relacionen con él.

La dimensión crítica de la razón, que se aparta de la concepción del mundo como ente fijo y seguro, es considerada por Marcuse como el factor primigenio de la filosofía, pues el pensamiento filosófico –desde su parecer- se originó cuando los hombres intentaron dar explicaciones sobre los fenómenos desde la capacidad reflexiva y no desde el sentido común del mito. En efecto, Marcuse afirma que:

Nada que no sea el resultado del pensar es razón. El hombre se ha propuesto organizar la realidad de acuerdo con las exigencias de su libre pensamiento racional, en lugar de acomodar simplemente su pensamiento al orden existente y a los valores dominantes. El hombre es un ser pensante. Su razón lo capacita para reconocer sus propias potencialidades y las de su mundo. No está, pues, a merced de los hechos que lo rodean, sino que es capaz de someterlos a normas más altas, las de la razón. Si sigue la dirección que ésta le señala alcanzará ciertas

³ En este punto, Marcuse, tributario de la filosofía hegeliana, es influenciado por las concepciones de los pensadores de la Escuela Crítica, de la cual formó parte, y esa influencia es la que le marca que, se puede decir de esta manera, del complemento de la razón no se puede extraer el de la praxis.



concepciones que pondrán al descubierto los antagonismos entre esta razón y el estado de cosas existentes. Puede llegar a descubrir que la historia es una constante lucha por la libertad, que la individualidad del hombre exige que éste posea la propiedad como medio para realizarse plenamente, y que todos los hombres tienen igual derecho a desarrollar sus facultades humanas (Marcuse, 1994, pág. 12).

Bajo esa impronta, el filósofo de la Escuela Crítica es uno de los más férreos defensores de la idea de que la razón es, primero, la categoría fundamental del pensamiento filosófico; segundo, que si el mundo y las relaciones humanas no están organizadas de manera racional, deben pasar por el análisis crítico de aquella, y, tercero, que la razón es un tribunal crítico que determina qué es o no es racional y, por ende, indica la superación de aquello que no lo es. Al decir lo anterior, se encuentra que este concepto tiene tres momentos: la razón como categoría del pensamiento, como dispositivo crítico, como organizadora de la realidad.

Ahora bien, cuando Marcuse propone realizar la distinción entre entendimiento y razón, entre *Verstand* y *Vernunft*, se puede interpretar que, para él, la concepción de razón que se ha impuesto en la construcción de la realidad: desde las ciencias, en las relaciones humanas, ha sido la del entendimiento como valoración y conformismo con los hechos y, por ende, con el *statu quo*.

Esa distinción, desde este análisis, permitirá, más adelante, relacionar dos conceptos paralelamente: el de razón como *Verstand* (operaciones del entendimiento); con el de racionalidad instrumental, para afirmar sintéticamente que la instrumentalidad de la razón se ubica en el reino del entendimiento. De cierta manera, lo considera así Jay, cuando afirma que:

Implícita en el legado cartesiano [refiriéndose a Horkheimer y sus colegas de la Escuela de Frankfurt], estaba la reducción de la razón a su dimensión –o momento– subjetiva. Este fue el primer paso para apartar la racionalidad del mundo y conducirla a la interioridad contemplativa. Condujo a una separación eterna de esencia y apariencia, que promovió la aceptación acrítica del *statu quo*. Como resultado, la racionalidad, progresivamente, vino a identificarse con el sentido



común del *Verstand*, en vez de hacerlo con la *Vernunft*, más ambiciosamente sintética. (Jay, 1974, pág. 113-114).

Subjetividad Racional y Razón Instrumental

Cuando más arriba se precisó que, siguiendo la distinción marcusiana entre la *Vernunft* y la *Verstand*, entre sentido común (entendimiento) y la razón (pensamiento especulativo y praxis), la racionalidad instrumental se podía identificar con las operaciones del entendimiento y el sentido común, se quería decir esencialmente que el proceso del desarrollo filosófico, científico, técnico y tecnológico se orientó bajo las premisas y postulados de la ilustración, es decir, bajo las premisas y postulados del sentido común del *Verstand*.

En esa concepción, el mundo, como un supuesto orden racional, estaba referido en su estructura interna a la razón, la cual podía develar las leyes internas que lo regían. La determinación de esas leyes estaba favorecida por la idea de que el mundo, sus objetos y fenómenos, guardaban una identidad y una determinación, y como tal, eran susceptibles de un análisis objetivo, medible, controlable y cuantificable. Tales condiciones hacían las veces de garante de dominio de la naturaleza como fundamento del progreso material. A su vez, el progreso material garantizaría el progreso humano, ya que con la liberación de la industria y de la dominación técnica y tecnológica de la naturaleza se garantizaba la abundancia material e intelectual para la emancipación del hombre y la satisfacción plena de cada una de sus necesidades. Así:

La producción industrial en expansión parecía ser capaz de suministrar los medios de satisfacer todas las necesidades humanas, (...) mientras Hegel elaboraba su sistema, Saint-Simon en Francia exaltaba la industria como el único poder capaz de conducir a la humanidad hacia una sociedad libre y racional. (Marcuse, 1994, pág. 10).



En efecto, cuando Kant en *¿Qué es la Ilustración?*, dice que esta “es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia, sin la guía de otro” (Kant, 1994, pág. 25), argüía que la inteligencia es una facultad humana que comparten universalmente los hombres, y por eso son ellos culpables, no de su ignorancia, sino de la incapacidad de servirse de su inteligencia sin la ayuda de otro.

La implicación de esta afirmación vale para muchas cosas, más que para la propia delimitación de las fronteras del conocimiento humano, porque el uso propio de la inteligencia era el reclamo de la subjetividad para juzgar todo, de acuerdo al conocimiento previo de cada individuo, sin ninguna clase de limitación externa, pues el individuo ya no es la imagen de un arquetipo de realizaciones ideales y universales, sino que es un demandante directo de la realización de los valores culturales en su subjetividad. Por supuesto, la afirmación abstracta o ideal de este orden racional se veía truncada por la pobreza e irracionalidad del orden material de la existencia, donde los individuos se relacionan unívocamente como agentes comerciales y económicos, como mero valor de cambio y de uso.

Las circunstancias del modelo de razón imperante llevaron a la aporía de la racionalidad ilustrada porque la realización de los principios ilustrados no ha emancipado la sociedad, por el contrario, la ha oprimido. En el camino, la noción de progreso ascendente cayó en una profunda regresión y la liberación del individuo no fue tal, fue, más bien, la dominación del hombre en la esfera del trabajo, de las necesidades, de las relaciones sociales.

Sin embargo, para Marcuse las condiciones en las que se ha generado la irracionalidad en la racionalidad del orden existente se deben al imperio de un uso restringido de la razón que se impuso en todas las esferas de la producción humana. Ese uso restringido de la razón⁴ es lo que él denomina como “razón instrumental”.

Con esa idea, este filósofo pretende realzar los principios progresistas de la ilustración y de la filosofía, en tanto que, como objeto de la humanidad, no se han

⁴ Jaramillo Vélez, denomina a la racionalidad instrumental como angostamiento de la razón.



realizado en cuanto a sus potencialidades reales (posibilidades reales del mundo, de la naturaleza y del hombre). Así pues, contra esa circunstancia, la teoría crítica (teoría crítico-reflexiva), cuyo objeto es la revisión de los presupuestos “epistemológicos de la cultura occidental” (Barahona, 1996, pág. 167), encara como uno de sus principales problemas: el pensar y develar ese momento regresivo de la sociedad, lo cual es realizado desde las propias categorías ilustradas (es decir, los conceptos de libertad, emancipación, progreso, razón, justicia, felicidad, etc.). Ello tiene como propósito, desde la negatividad, promover el cambio social.

Siguiendo esas ideas, la organización de la realidad bajo el imperio del sentido común (donde la experiencia y la costumbre son los únicos criterios de validez, la única fuente de conocimiento y creencia, donde la razón depende de los objetos dados en la experiencia, y cualquier atisbo de subversión del orden de lo dado es considerado como una afrenta contra la organización del orden racional del mundo empírico) brinda algunas bases que permiten relacionar aquel proceder con el del curso de la racionalidad instrumental; es decir, que esta última se constituye a partir de la valoración del sentido común sobre lo *real*, como experiencia intersubjetivamente comprobable.

En efecto, se puede considerar que la racionalidad instrumental parte de una serie de operaciones del entendimiento, de un curso o visión de la filosofía, de una forma de hacer uso de la ciencia, la técnica y la tecnología, de una manera de determinar el objeto de estudio del proceder científico, de un modo de considerar la razón como instrumento.

Marcuse, en uno de los ensayos del libro *Cultura y Sociedad* (1970a), a saber, “Filosofía y Teoría Crítica”, comenta que la filosofía burguesa transformó la razón en subjetividad racional, en cuyo terreno el individuo tenía pleno dominio para juzgar y examinar todo de acuerdo al uso de su conocimiento. No obstante, el uso del conocimiento, necesitaba –dice el filósofo- del uso de la libertad (Marcuse, 1970a, pág. 80), de lo contrario, parece una necesidad asumir el principio del conocimiento como herramienta de juicio (análisis de las cosas y la realidad), si en



ese ejercicio no coexiste la libertad de poder hacerlo desde el conocimiento propio y sin la coerción de otro; de lo contrario, la libertad existiría solo como formalidad.

Empero, piensa Marcuse, la racionalidad y la libertad, en vez de convertirse en presupuestos para la modificación de la realidad de acuerdo al uso efectivo y libre de la razón, fueron víctimas de la organización del orden burgués. En ese contexto, razón y libertad, como tareas a realizar por parte del individuo, se agotaron en la realización interna y no en la organización de la realidad en consonancia con los intereses y necesidades de la humanidad, lo cual elimina el elemento dinámico de la relación creativa del hombre con la naturaleza. En esa medida, libertad y razón son cuestión de la subjetividad, su uso se restringe a esta dimensión. Ello motiva a Marcuse a afirmar que aquellos conceptos son elementos que se realizan aparentemente en el individuo más no en el mundo concreto en el que se desenvuelve; un mundo inmerso en la contradicción, la falta de libertad, la opresión y la pobreza para la mayoría de los individuos (Marcuse, 1970a, pág. 81).

El sujeto racional, junto con el principio de identidad y de oposición, es una mónada independiente que es libre en tanto se mantiene en sí mismo y no es perturbado por las contingencias del mundo externo; por tanto “la autosatisfacción, la independencia de todo lo demás que es extraño, garantiza también la libertad del sujeto. Libre es quien no depende de nadie y de nada. Quien se pertenece a sí mismo, el poseerse excluye a los otros” (Marcuse, 1970a, pág. 82). Dicha independencia monádica, en cuya instancia el individuo, falsamente liberado, no edifica su relación con los otros individuos bajo la idea de la solidaridad, sino en la relación de los intereses, lleva a pensar a Marcuse que:

La competencia general entre sujetos económicos libres no estableció una comunidad racional capaz de salvaguardar y satisfacer los deseos y necesidades de todos los hombres. La vida de los hombres se hallaba supeditada al mecanismo económico de un sistema social que relacionaba los individuos entre sí como compradores y vendedores aislados de bienes (Marcuse, 1994, pág. 23).



Ahora bien, como se dijo antes, las circunstancias y el curso de la filosofía, redujeron la razón a su uso subjetivo. Aquella dimensión subjetiva se perennizó en la interiorización contemplativa y de paso, en la espiritualización de los principios filosóficos progresistas.

En esa medida, M. Jay considera que con aquel momento de la razón se separó a la racionalidad del mundo, porque el sentido común y la concepción empírica de la realidad, en la cual es inaprehensible la unidad, la esencia, la universalidad, el deber ser, consideran al objeto sensible como realidad última, inicio y finalidad de todo conocimiento, sin afirmar o reconocer que la apariencia es solo “un estado accidental de la existencia” (Jay, 1974, pág. 51) lo que quiere decir que la percepción de las cosas del mundo no abarcan la realidad de ellas, pues el estado de las cosas son el producto de un flujo, del devenir y de sus potencialidades, es decir, obedecen a unas circunstancias históricas y demás variantes, y como tal, la realidad actual de las cosas no se mantiene en la inmutabilidad, esa realidad es dinámica, susceptible de estructurarse de manera distinta, ya que la esencia no es lo que *es*, sino lo que puede llegar a *ser*, su potencialidad⁵.

En términos más precisos ¿qué es la racionalidad instrumental? La racionalidad o razón instrumental es el uso restringido de aquel dispositivo basado en la adecuación eficaz entre medios y fines. La valoración que se realiza desde este dominio se restringe a los medios, estrategias o modos por los cuales el individuo consigue sus objetivos. Lo anterior indica varias cosas, entre ellas, que la razón instrumental es la adecuación de la reflexión y acción eficaz, funcional y autorreferencial al logro, de forma precisa y fácil, de una serie de objetivos trazados. En efecto, la racionalidad instrumental es una razón de medios y no de fines donde la naturaleza, los hombres y las cosas son solo medios útiles para obtener un resultado. Desde esa perspectiva, al momento de determinar cuáles son

⁵ Se puede decir que la Racionalidad instrumental es una herramienta descriptiva del es, ello sobre la base empírica de que lo que goza de ser, tiene su existencia en virtud de su aparición como un objeto sensible del conocimiento.



los medios más útiles para conseguir un objetivo, se desprenden algunas características de esa aplicación restringida.

Con el siguiente ejemplo se pueden ilustrar algunas de ellas: si una multinacional quiere implementar un proyecto de mega-minería a cielo abierto y, consecuentemente, analizar cuáles son los medios más efectivos para lograr sus propósitos, será necesaria la *manipulación y el control* de unas variantes (características físicas, químicas y biológicas del espacio y el terreno, el análisis sociológico, político y económico de los habitantes y su región...), *el cálculo y la utilidad* del proyecto, *la funcionalización e instrumentalización técnica y tecnológica* necesaria para la operación y para la mano de obra. En este caso, el uso de la razón instrumental, cuya referencia se centra en el *interés del individuo y no en la razonabilidad* de sus propósitos en correspondencia con los intereses generales, *no se ocupa del contexto, de las problemáticas, de los posibles resultados* (humanos, naturales) objetivos y razonables de la explotación mega-minera a cielo abierto.

En consecuencia, el uso de la razón instrumental se limita a la utilización y ejecución de medios, cualesquiera sean, que por la vía de la manipulación, el control, la eficacia, el cálculo, la utilidad y la instrumentalidad, pongan a funcionar la consecución del plan pensado. Estas características sirven, tanto para el ejemplo citado, como para determinar el curso del pensamiento imperante en la sociedad, en sus más ampliadas y diversificadas prácticas.

En efecto, en el dominio del uso de la razón instrumental no hay cabida para las preguntas por el grado de razonabilidad y el *debería ser* de los fines, aquí lo que interesa es el *es* de los medios. El problema de la razonabilidad de los fines es un plano indominado por la instrumentalidad, sus percepciones hacen parte del raciocinio moral que escapa al examen empírico de los medios. Por lo tanto, el dominio racional de la instrumentalización se basa en la dependencia con el interés individual del sujeto racional que lo determina; y la correspondencia con los intereses generales es, si mucho, espuria, por no decir inexistente. Allí se hacen



racionales los medios en virtud de la subjetividad racional que emplea su uso para garantizar la auto-conservación del individuo, de sus pretensiones como sujeto.

De esta manera, se reconstruye lo que se trató de ilustrar y exponer en pasajes anteriores, es decir, que el sentido común y el entendimiento, son equiparables al polo instrumental de la razón y que la razón subjetiva, o momento subjetivo de la misma, es el medio empleado con miras al dominio: de uno mismo (control de las pasiones y de las facultades inferiores, sensibles), de la naturaleza y del hombre por el hombre. En este sentido, Marcuse afirma en *Eros y Civilización* (1981), que:

Cualesquiera que sean las implicaciones de la concepción griega original del Logos como la esencia del ser, desde la canonización de la lógica aristotélica, el término se identifica con la idea de ordenar, clasificar, dominar a la razón. Y la idea de la razón llega a ser cada vez más antagónica de aquellas facultades y actitudes que son más receptivas que productivas, que tienden más a la gratificación que a la trascendencia, puesto que aquéllas permanecen fuertemente comprometidas con el principio del placer. Estas facultades y actitudes aparecen como los elementos irracionales que deben ser conquistados y restringidos para servir al progreso de la razón. La razón está para asegurar, mediante la transformación y explotación cada vez más efectiva de la naturaleza, la realización de las potencialidades humanas. Pero en el proceso, los fines parecen retroceder ante los medios: el tiempo dedicado a las necesidades individuales, define estas necesidades. El Logos se convierte de ahí en adelante en la lógica de la dominación. Cuando la lógica reduce entonces las unidades de pensamiento a signo y símbolos, las leyes del pensamiento llegan a ser, finalmente, técnicas de cálculo y manipulación (Marcuse, 1981, pág. 110-111).

En efecto, al caracterizar la razón instrumental como momento subjetivo de la razón, ubicada en el plano de la *Verstand* y cuyo objetivo esencial es el dominio; siguiendo algunos rasgos y evoluciones del pensamiento de Marcuse, se puede decir que esta ha sido el principio de la realidad que ha gobernado la civilización occidental y que ha vinculado los elementos negativos del pensamiento en su quehacer, en todas las dimensiones individuales y sociales del hombre y su producción y, con base en ello, ha transformado las posibilidades de cambio de las condiciones sociales de existencia y del propio individuo –el elemento dinámico de



la historia, piensa Marcuse- en una unificación aparente en la realidad concreta. En esa dirección, el hombre y la sociedad se tornan unidimensionales.

En *El Hombre Unidimensional*⁶ (1968), obra donde Marcuse elabora la caracterización del individuo y de la sociedad industrial, precedida por las reflexiones de *Eros y Civilización* (1981)⁷, es donde confecciona probablemente el último nivel de su descripción sobre el rasgo represivo de la sociedad y, paralelamente, del uso instrumental de la razón que ha unidimensionalizado las posibilidades del hombre y la naturaleza.

Una de las tesis centrales de este texto es que la ideología de la sociedad industrial avanzada ha movilizad todas sus herramientas teórico-prácticas con miras a la totalización del individuo y la naturaleza. En esa totalización “el hombre es reducido a una sola dimensión, alienado en una sociedad que no conoce de otros valores que la eficacia y el poder” (Siguán, 1972, pág. 18). Entre tanto, la naturaleza, por la vía de la voluntad de poder, es reducida al dominio, la cifra y la cantidad. En dicha lógica, tanto el hombre como la naturaleza son analizables; y, en tanto analizables, su valor de verdad se restringe al valor de cambio.

El propósito de la movilización total de la vida⁸, tal como lo ve Marcuse, se basa en la eliminación de la negatividad, de la oposición, de la utopía y de todo rasgo contradictor en pro del curso *normal* de las cosas, para decirlo crudamente,

⁶ Como acertadamente lo afirma Miguel Siguán en el prólogo “La vida y la obra de Herbert Marcuse”, que aparece en el libro *Ensayos sobre política y cultura* (1972) del filósofo alemán, *El Hombre Unidimensional* se divide en dos partes, una sociológica que corresponde a la primera parte del libro “La Sociedad Unidimensional”; y otra “El Pensamiento Unidimensional” y “Las Posibilidades de las alternativas” que es donde se mueve en la crítica filosófica y rechaza de manera radical el curso de la sociedad totalizante y alienada.

⁷ En este último libro Marcuse habla de la estructura psicológica y política del individuo y el carácter de la represión cultural.

⁸ En este punto Marcuse es un pesimista casi que absoluto, pues en la movilización total de la vida, –piensa él-, el reducto último de negatividad, la interioridad, es eliminado, de ahí que se oponga rotundamente a la sociedad totalizante, pero no como la queja de un moralista o de un resentido social, sino como la amenaza que representa esa totalización en la reducción de la diferencia, de la individualidad.



un totalitarismo. Desde esa perspectiva, la tendencia de la movilización se expresa mediante el uso instrumental de la razón, en tanto que todo es un medio útil y eficaz para realizar, en el estado incommovible de los hechos, los principios esgrimidos por las revoluciones burguesas; ya que los medios materiales están garantizados en la vida concreta para emancipar y liberar al individuo de las contingencias y necesidades que el medio le impone.

Esa es la movilización de la que habla Marcuse, aquella que llevan a cabo ciertas fuerzas sociales que imponen un modelo de realidad como el más adecuado y lo justifican bajo el modelo de los logros del progreso en términos meramente materiales, según los cuales en la vida concreta están garantizados los medios para que los individuos satisfagan sus necesidades, lo cual permitiría, análogamente, realizar los postulados de la cultura. Es así como toda crítica parece desvanecerse y asimilarse al curso de las cosas. Empero, piensa Marcuse que la opulencia es la apariencia en la contradicción y la satisfacción de las necesidades es solo la satisfacción teórica de las mismas; así:

Al llegar a este punto, la dominación [disfrazada de afluencia y de libertad] se extiende a todas las esferas de la existencia pública y privada, integra toda oposición auténtica, absorbe toda alternativa. La racionalidad tecnológica –que es para este filósofo, la última transmutación de la idea de razón- revela su carácter político a medida que se convierte en el gran vehículo de una dominación más acabada, creando un universo verdaderamente totalitario en que sociedad y naturaleza, espíritu y cuerpo, se mantienen en un estado de permanente movilización para la defensa de este universo (Marcuse, 1968, pág. 40).

Lo anterior, para el pensador alemán, revela el rasgo irracional en la racionalidad unidimensional de la sociedad industrial, puesto que las exigencias se vuelven renuncias y se acomodan, supuestamente satisfechas, en el *statu quo* y al respecto dice Marcuse que:

De nuevo nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en



construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo de los objetos en extensión de la mente y el cuerpo del hombre hace dudosa hasta la noción misma de alienación. La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une el individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido (Marcuse, 1968, pág. 30-31).

Y ese control social del que nos habla este filósofo, es el control social tecnológico que se ejerce mediante el dominio efectivo del hombre y la naturaleza, en cuanto a la “utilización de sus recursos” (Marcuse, 1968, pág. 39). Ahora bien, la aceptación acrítica de este panorama se da por la eficacia del pensamiento científico, erigido como único pensamiento verdadero, en la organización de la sociedad y la transformación de la naturaleza en recurso, bajo la promesa del progreso constante.

En ese orden de ideas, es conveniente agregar otro elemento a la consideración de la racionalidad instrumental, y es que si las operaciones del entendimiento y el sentido común se pueden identificar con el uso de aquel modo de la razón, en la descripción de la sociedad industrial avanzada –una sociedad totalizante que unifica en el *statu quo* las tendencias y elementos negativos en el principio del dominio tecnológico- cabe decir que ese es su rasgo pragmático⁹; y por ende, se puede interpretar el uso de la razón, en la denominación que se le viene dando, como tecnológico-instrumental. Además, si se siguen fielmente los razonamientos marcusianos, la racionalidad tecnológico-instrumental se recrea con el beneplácito de la práctica de la racionalidad científica¹⁰, y en ese itinerario, todo atisbo de finalidad, moralidad o idealidad es considerada absurda metafísica (Marcuse, 1968, pág. 20), en tanto que no son determinables desde los elementos que distinguen la objetividad científica.

⁹ El rasgo pragmático al que se alude es el de la alienación, pues ella representa el dominio de la racionalidad tecnológico-instrumental.

¹⁰ Entiéndase racionalidad científica como una práctica que moldea la estructura de la realidad en términos de lo objetivo, lo universalizable, generalizable, manipulable, matematizable, observable, entre otra serie de rasgos.



El proceso es descrito por Marcuse desde las siguientes afirmaciones:

El concepto científico de una naturaleza universalmente controlable proyecta a la naturaleza como interminable materia-en-función, la pura sustancia de la teoría y la práctica. En esta forma, el mundo-objeto entra en la construcción de un universo tecnológico: un universo de instrumentos mentales y físicos, medios en sí mismos (Marcuse, 1968, pág. 184).

En últimas, la constitución de la realización de la razón en el mundo, cuya finalidad pretendió el idealismo alemán, se efectuó bajo un modelo eficiente y restringido de la racionalidad, es decir, en el sentido de la *Verstand*.

A través de la evolución del pensamiento de Marcuse, se puede establecer que la *Verstand* y la razón instrumental se podrían relacionar. A esta idea se le agregó el rasgo de la esfera tecnológica de aquel tipo de razón que, para él, ha hecho camino en la sociedad industrial avanzada. Allí, el estudio de la naturaleza y del hombre, la edificación de las relaciones políticas y económicas, el ejercicio de la ciencia, el uso del progreso técnico y tecnológico, condujo a la consolidación de un gran sistema, la unidimensionalización. Esa unidimensionalidad y totalización unió los elementos críticos de las ideas y las tendencias negativas de la realidad social con el orden de la sociedad industrial, es decir, que se diluyeron y perdieron su criticidad en relación con el orden de las cosas. Es por eso que, según el filósofo alemán, se positivizaron los ideales y peticiones culturales (por ejemplo el ideal de la justicia, de la emancipación) en el quehacer del *statu quo*.

La dinámica bajo la cual se construyó todo el entramado de la unidimensionalización, para este filósofo, se experimenta en la forma como el dominio científico, técnico y tecnológico de la sociedad, la naturaleza y el individuo, movilizó, en la ambigüedad de la opulencia, los beneficios y los objetos materiales de satisfacción, a toda la sociedad hacia el terreno de la no-verdad de los opuestos, de la contradicción¹¹. Piensa Marcuse que la movilización es tal que hasta el

¹¹ En uno de sus más famosos ensayos *La Tolerancia Represiva* publicado en 1964 (Según Barahona Arriaza –en el prólogo a *Ensayos sobre política y cultura* de Marcuse –publicado en 1972–, la tolerancia represiva fue un texto de una relevancia insólita en el púlpito estudiantil y la



lenguaje tiene, en esa lógica, una forma correcta de ser utilizado¹² para evitar su oscuridad poética o metafísica. En esa medida, la sociedad, para Marcuse, se encaminó hacia la desaparición de la diferencia, de la crítica, de la oposición y de la posibilidad de pensar que la realidad puede ser modificada. En esa medida se piensa que:

Vivimos y morimos racional y productivamente. Sabemos que la destrucción es el precio del progreso, como la muerte es el precio de la vida, que la renunciación y el esfuerzo son los prerequisites para la gratificación y el placer, que los negocios deben ir adelante y que las alternativas son utópicas. Esta ideología pertenece al aparato social establecido; es un requisito para su continuo funcionamiento y es parte de su racionalidad (Marcuse 1968, pág. 162).

Así vista, el uso tecnológico-instrumental de la razón basa su realización en una característica esencial, la eficacia.

CONCLUSIONES:

1. En la dimensión instrumental de la razón (como en las operaciones del entendimiento -*Verstand*-), se elimina de la historia humana la finalidad (razón de medios); todo cuanto rodea al individuo es un medio utilizable para cumplir un objetivo, y ello es racional en tanto que obedece a un interés subjetivo y se limita a la preservación del individuo.

intelectualidad europea de su tiempo que lo llevó a estar en boca de sus cómplices y detractores. Para este biógrafo, aquel ensayo estaba en el bolsillo de cualquier estudiante que participaba de los movimientos del mayo del 68, llegándose a considerar, incluso, que el nombre de Marcuse era el bastión intelectual de aquella manifestación), cuya tesis principal es que la sociedad del bienestar es tolerante mientras la crítica se mantenga al margen de sus principios alienantes, de lo contrario, se aguza su intolerancia, este autor explora una de las técnicas más contundentes del accionar de las prácticas sociales en la defensa un sistema que le representa una serie de comodidades a unas clases específicas.

¹² Marcuse habla de la terapéutica del lenguaje, la cual consiste en que el uso del lenguaje debe estar regido por la claridad y la simplicidad, debe ser ordinario y exacto para extirpar, si se puede decir así, el mal del lenguaje oscuro (Marcuse, 1968, pág. 194-201).



2. El dominio de la razón instrumental se ubicó en un proyecto histórico de dominación que alcanzó su plenitud en la sociedad industrial avanzada, donde, para Marcuse, la “racionalidad tecnológica se convirtió en la última transmutación de la idea de razón”.

3. La razón tecnológico-instrumental se encargó de movilizar la totalidad del individuo y la sociedad hasta eliminar cualquier elemento de contradicción y adherirlo a su positivación del mundo, construyendo la concepción científica de la realidad, la naturaleza y la humanidad¹³. En ese proyecto las ideas y valores, al no poderse verificar, ni medir, ni cuantificar no son reales, desaparece la finalidad de la historia humana; por ello Marcuse piensa que:

La sociedad unidimensional avanzada altera la relación entre lo racional y lo irracional. Contrastando con los aspectos fantásticos y enajenados de su racionalidad, el reino de lo racional se convierte en el ámbito de lo realmente racional: de las ideas que pueden “promover el arte de la vida”. Si la sociedad establecida administra toda comunicación normal, dándole validez e invalidándola de acuerdo con requerimientos sociales, los valores ajenos a esos requerimientos quizás no puedan tener otro medio de comunicación que el anormal de la ficción (Marcuse, 1968, pág. 262).

¹³ Para Marcuse este es un elemento ineludible, en aquel tipo de racionalidad, de cohesión social.



Referencias bibliográficas

Barahona Arriaza, Esther. *Razón, verdad y crítica: momentos epistemológicos en la << Dialéctica de la Ilustración >> de M. Horkheimer y T.W. Adorno.* Descargado el 10 de noviembre de 2012, de: <http://revistas.ucm.es/fsl/15756866/articulos/ASEM9696110167A.PDF>.

Jay, Martin (1974) *La imaginación dialéctica - Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923-1950)*. Versión española de Juan Carlos Curutchet. Taurus Ediciones, Madrid.

Kant, Immanuel (1994) *Filosofía de la Historia*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Bogotá.

Marcuse, Herbert (1970a) *Acerca del carácter afirmativo de la cultura*. En: *Cultura y Sociedad*. Trad. E. Bulygin y E. Garzón Valdes. Ed. Sur, Buenos Aires.

_____ (1970a) *A propósito de la crítica al hedonismo*. En: *Cultura y Sociedad*. Trad. E. Bulygin y E. Garzón Valdes. Ed. Sur, Buenos Aires.

_____ (1968) *El Hombre Unidimensional*. Trad. Juan García Ponce. Ed. Ariel, Barcelona, España.

_____ (1981) *Eros y Civilización*. Trad. Juan García Ponce. Ed. Joaquín Mortiz, México.

_____ : (1970b) *Notas sobre una nueva definición de la cultura*. En: *La Sociedad Opresora*. Trad. Ítalo Manzi Ed. Tiempo Nuevo S.A. Caracas, Venezuela.

_____ : (1994) *Razón y Revolución*. Trad. Julieta F. de Sucre y Francisco R. Llorente. Ed. Altaya, Barcelona.

Siguán, Manuel (1972) *Prólogo: La vida y la obra de Herbert Marcuse*. En: *Ensayos sobre política y cultura*. Ed. Ariel. Trad. Juan-Ramón Capella. Barcelona, España.